



## Domingo Legua

### “Ciudadano de un mundo en donde nadie es extranjero”

**Domingo Legua Rudilla**  
Fotos: archivo del autor

**A** los pocos días de ordenarme sacerdote, iba yo en el coche con el arzobispo de Zaragoza don Pedro Cantero Cuadrado y le estaba hablando de que me gustaría ir a África de misionero, a lo que él me contestó: “¿Quieres ser misionero?, pues vas a ir de misionero al pueblo más lejano de Zaragoza”. Y ciertamente así fue. Me llevó a Ariño, que es el último pueblo de la diócesis de Zaragoza, colindante con Teruel. Allí, lugar del que tengo un gratísimo recuerdo, estrené mi sacerdocio. Luego me llevaron a Alcañiz, de coadjutor, y luego a Casetas, un barrio de Zaragoza. Son recuerdos ya lejanos pero, aun cuando era muy joven e inmaduro, los recuerdos que tengo son gratos, me ayudaron a pasar aquellos primeros años con una motivación grande, había un irresistible deseo de cambiar una iglesia arcaica y anquilosada por una iglesia que respondiera mejor a los nuevos conceptos eclesiológicos del Concilio Vaticano II.

En mis años en el barrio de Zaragoza, viviendo en una casa de cinco pisos, nunca llegué a conocer a todo el vecindario y en las pocas veces que coincidíamos en el ascensor era una especie de diálogo de mamelucos: “¡Cuánto aire hace!”, “¡qué calor o qué frío!”, dependiendo de la estación en la que estuviéramos. Allí se resumía todo el diálogo con el vecindario. Me sentía mal. Me había hecho cura para amar a la gente y ahora la gente me impedía que lo amara porque estábamos encerrados cada uno en su piso.

El detonante de mi ida a la República Dominicana se lo tengo que agradecer a Antonio Royo. Me escribía con

**“¿Quieres ser misionero?, pues vas a ir de misionero al pueblo más lejano de Zaragoza”.**

**Había un irresistible deseo de cambiar una iglesia arcaica y anquilosada.**

frecuencia desde la República Dominicana diciéndome que no perdiera el tiempo trabajando en Zaragoza y que me fuera allí porque la gente era más ávida de Dios que en Europa. En el año 1986 fui un verano para estar con él, y mi primera misa en la República Dominicana fue en un callejón sin salida a las 7.00 am. y lleno de gente. Al encontrarme semejante templo, me quedé totalmente descuadrado, yo que había celebrado misas en iglesias

románicas, góticas, renacentistas, ahora estaba celebrando misa al sereno, con una enorme participación de la gente y con una alegría inmensa, y me cuestioné las misas que hacía para cumplir con el precepto dominical. Seguro que la primera misa de Jesús debió de ser más parecida a la que celebraba en el callejón entre gente pobre y humilde. Después de esta experiencia, en el año 1986 fui madurando la idea de ir a la República Dominicana con Antonio para atender la parroquia de San Mateo apóstol, en donde había una incipiente comunidad sin párroco y sin templo. El 4 de enero de 1988 aterrizaba en la República Dominicana y a al día siguiente ya estaba de párroco en la parroquia de San Mateo.

Prácticamente del avión fui a la parroquia, algo poco aconsejable para nadie, puesto que se necesita un tiempo para conocer antes de meterse de lleno en un trabajo pastoral. A los pocos meses de estar trabajando me llama un sacerdote dominicano que acababan de nombrar rector del seminario y me pide que vaya con él como formador al seminario mayor. Me negué rotundamente diciéndole que se había vuelto loco y que yo no conocía todavía la psicología del dominicano, lo que me impe-

diría hacer un buen trabajo. Al poco tiempo a este sacerdote lo hacen obispo auxiliar de Santo Domingo e insiste de manera persistente en que tenía que ir con él de formador al seminario mayor.

Poco antes de comenzar el curso académico me llama el cardenal de Santo Domingo y me dice que el obispo auxiliar le había solicitado que fuera como formador al seminario mayor y que él agradecía mi disponibilidad (cosa que no era del todo cierta por mi parte). Después de una larga conversación el cardenal, ja bocajarro!, me dice que no vaya al seminario mayor sino que me nombra rector del seminario menor y de un grupo de vocaciones adultas. Mi sorpresa fue mayúscula y después de reiterar por mi parte que se equivocaba, y de mi resistencia (una de las cosas que yo quería es que vieran que yo no iba a quitar ningún sitio a nadie y que lejos de mí estaba el aspirar a puestos de privilegio), ante la insistencia del cardenal yo le dije finalmente: "Bueno, bueno, tampoco me he hecho cura para hacer lo que quiera". Y accedí con la seguridad de que Dios me iba a ayudar.

Estuve 15 años en la formación de nuevos sacerdotes y a pesar de lo duro y difícil que resulta terminé contento y feliz con la conciencia del deber cumplido. Durante muchos años era el primero en levantarme y el último que se acostaba, es como una maquinaria que cada día tienes que poner en funcionamiento y en la que todo tiene que estar en perfectas condiciones para que todo se desarrolle con normalidad. El



trabajo fue agotador, porque además también seguía con la parroquia de San Mateo y también llevaba una secretaría ejecutiva de la Conferencia Episcopal Dominicana. Eran tantos los cargos que en una ocasión le pregunté a don Elías Yanes si era normal todo lo que me estaba ocurriendo a mí, que sin querer ni buscar nada me encontraba tan lleno de responsabilidades. La respuesta de don Elías fue la siguiente: "Mira, Domingo, yo soy de una diócesis pequeña en

donde muy pocos curas tenemos que hacer de todo, y en Zaragoza están mal acostumbrados porque cada uno tiene su parroquia, de manera que sigue donde estás y no te quejes". Y yo siempre tuve en gran estima los consejos de don Elías Yanes porque, además de ser un hombre sabio, también es un santo varón.

## Entrevista a Domingo Legua Rudilla

*Reyes Galve Legua*

### ¿Cómo se adaptó a un país nuevo, con una cultura, unas costumbres y una realidad económica tan distinta a España?

Las adaptaciones nunca son fáciles, aun a pesar de hablar el mismo idioma no siempre las palabras tienen el mismo significado; otra cultura, otra psicología, otra raza, el dominicano es una fusión de razas y colores. El misionero, por naturaleza, es un extranjero. Es el sentido de comunión con la gente lo que facilita y hace posible este misterio de cercanía. Este misterio de amor es el que facilita que olvidándose uno de sus raíces y su cultura se adapte mejor a un mundo desconocido en el que poco a poco va adentrándose sin tanto esfuerzo como en un principio uno se imaginaba. Fue la cercanía con los pobres lo que en gran medida me fue convirtiendo poco a poco, me encontraba más maduro que en mis años de juventud, todos aquellos lugares de responsabilidad me habían cambiado. La situación económica nunca me causó problemas, como nunca tenía nada, me conformaba con que cada día tuviera la comida en la mesa y con eso me era suficiente. En los primeros meses cobraba 300 pesos al mes, un equivalente a 3000 pesetas (años 1988, 1989, 1990). A pesar de tan poco dinero nunca me faltó de nada ni tampoco aspiré a más. Cuando uno vive entre pobres reduce las necesidades a las estrictamente necesarias. Hasta hace

un año no he tenido televisor ni aparatos de música, lo único que tenía era un viejo ordenador ante el que muchas veces me quedé dormido delante de la pantalla. Era tanto el trabajo que había días que a mitad de tarde estaba que no podía ni con el pelo. Recuerdo un día que a las cinco de la tarde estaba hablando con un seminarista y en un momento de la conversación me dijo: "Padre, usted está cansado". Le contesté que no, que estaba bien, que le quería oír. Cuando desperté me encontré solo en medio del salón y pensé que el muchacho tenía razón. ¡Caramba, pobre muchacho!, ¡qué vergüenza!, venir a hablar conmigo y dormirme escuchándolo, cuánto límite humano hay en el hombre...

### Después de estos veinticinco años de trabajo en Santo Domingo, ¿cómo ha ido evolucionando su labor?

Después de los 15 años en la formación y con un deseo sincero de concluir y dedicarme solamente a una parroquia, que es lo que realmente me gusta, estando de vacaciones en Andorra con mi madre, julio del año 2003, me llama a Andorra el cardenal de Santo Domingo y me dice que me ha cambiado de parroquia y que me manda al centro de la ciudad de

**Quando uno vive entre pobres reduce las necesidades a las estrictamente necesarias.**





Santo Domingo, me quedé muy sorprendido, porque normalmente los misioneros siempre somos punta de lanza y estamos allí donde no quiere ir nadie, normalmente en barrios marginales, parroquias muy pobres y con unas condiciones de vida muy difíciles. En otras ocasiones en lugares poco apetecibles, como son los seminarios. A mí, que había estado vinculado con la parroquia San Mateo de Villas Agrícolas y la parroquia Ascensión del Señor de Las Cañitas, parroquias sumamente pobres, mandarme ahora al centro de la ciudad me parecía como poco lógico. Me dijo el Sr. cardenal que el nombramiento de párroco no venía solo, que me había nombrado también vicario episcopal de Pastoral Social. Me quedé tan sorprendido ante los nombramientos que le dije: ¿Se lo ha pensado bien?, a lo que él me contestó que él siempre piensa las cosas. Le dije que yo, en cambio, no lo había pensado y que necesitaba un tiempo. De nuevo mi estimado don Elías me aclaró el dilema y me dijo: “Domingo, tú conoces lo que haces, cuando el obispo te propone algo es por que te necesita. Creo que debes aceptar, pues él conoce toda la diócesis y las necesidades”.

Nuevamente me encuentro sin comerlo ni beberlo con un cargo y unas responsabilidades que yo dudaba que pudiera desempeñar bien. Y ya ven, han pasado 10 años y aquí me tienen.

Hace apenas unas semanas, el día 19 de septiembre del presente año en una reunión con el cardenal levanta la cabeza y me pregunta cuántos años tengo, le contesto: “Los años de ir pensando en una jubilación”. Él se sonríe y me dice: “¡Uf! Yo tengo 10 años más que tú y lo tuyo también va para largo”. Esto me lo dijo él, pero la verdad es que me gustaría ya ir pensando en una retirada, por-

***Cuando más primaria es la vida, el hombre es más puro.***

***Nunca tuve añoranzas de grandes personajes sino de la gente pobre por la simplicidad y la limpieza de corazón***

que el ritmo de trabajo actual es realmente abrumador y trepidante.

**Nos estamos centrando en la República Dominicana, pero podríamos decir que usted es un andorrano que ha viajado por todo el mundo. ¿Qué queda del andorrano que se fue**

**siendo joven?**

La verdad es que en mi período de formación en la Casa de Santiago viajábamos muchísimo porque era una manera estupenda de aprender, era bueno visitar lugares y estar allí, en donde en momentos históricos había ocurrido algo importante. Mi primera salida de España fue en el año 1967 a Francia e Italia. Más tarde y, poco a poco, fui conociendo casi toda Europa. Viví en Londres por cinco meses, pasé por los rigores de un invierno crudo y largo. En los veranos del 75 y 77 estuve en el Camerún, corazón de África, donde experimenté mucho más que la pobreza, experimenté la miseria de la selva y la sabana africana. Descubrí siempre que cuanto más primaria es la vida, el hombre es más puro. Nunca tuve añoranzas de grandes personajes sino de la gente pobre por la simplicidad y la limpieza de corazón.

Estando en América me ha tocado ir a congresos internacionales en Brasil, cursos de formadores en Argentina, Colombia, de reuniones y encuentros en Chile, Venezuela, El Salvador, Panamá, México y, en estos últimos años, por cuestiones de trabajo y relacionados con la Vicaría de Pastoral Social con frecuencia me desplazo a Estados Unidos. Si alguien me hubiera dicho, cuando comenzaba en estos caminos, las vueltas que yo iba a dar por este mundo y el trabajo que iba a realizar, seguro que hubiera dicho: “Me quedo en Andorra y no quiero salir de aquí”, de manera que de aquel joven andorrano no queda absolutamente nada

más que el recuerdo de una vida apacible, con unos padres estupendos y unos hermanos a los que quise y quiero mucho. Una preadolescencia en el colegio de los Salesianos y el recuerdo imborrable de mis años de adolescente y joven. Cuando todo hacía prever que yo me quedara en Andorra ocurrió lo inesperado y fuera de toda lógica, me sentí interpelado y mi vida dio un giro de 180 grados. Ciertamente de aquellos años de infancia y de juventud queda un gratísimo recuerdo, una historia vivida que me posibilitó todo lo que luego haría.

Mi secretaria de la Vicaría, catalana de origen y casada con un dominicano, todavía se ríe porque en una ocasión, redactando uno de los proyectos solicitados a la Diputación General de Aragón, me presentaba como un cura de Zaragoza que ejercía de aragonés. Ella explotó en una sonora carcajada porque no se acababa de creer que esto fuera del todo verdad, pues, sin dejar de ser andorrano y aragonés, me siento hijo de Dios, ciudadano de un mundo en donde nadie es extranjero.

**Tiene la edad de estar jubilado; sin embargo, tenemos entendido que cada vez los proyectos aumentan y su volumen de trabajo es mayor. ¿Hasta cuándo espera seguir en la brecha? ¿Qué le ha atado a Santo Domingo tanto tiempo?**

No creo que el cuerpo aguante para mucho más, pues son incontables los días en que hemos trabajado dos jornadas consecutivas, de manera que con el tiempo el

exceso de trabajo pasa factura. En mi conversación del día 19 con el cardenal, que tiene 77 años, yo le decía que cuando se retirara él yo no estaría ni un día más donde estoy, así que, como los cardenales tienen la obligación de presentar por derecho canónico la renuncia a los 75 años y ya lleva dos de más, espero que al jubilarlo a él, también me jubilen a mí y dejar el trabajo a otra gente joven.

Me preguntan qué me ha atado a Santo Domingo tanto tiempo. El amor a la gente, encontrarme con gente ávida de amor, de amar y de ser amada era la razón última. Ha calado esto tan fuertemente en mí que no me veo en otro lugar que no sea República Dominicana.

**Una última pregunta. ¿Qué piensa del recientemente elegido papa Francisco?**

Lo conocí en una reunión de sacerdotes españoles en Buenos Aires en el año 2010, presidió la celebración de la eucaristía y nos dio una charla, además de comer con nosotros. Me pareció un jesuita listo y bueno, no en vano ya en el cónclave en donde se eligió al papa Benedicto XVI, este cardenal había tenido muchos votos. No me llama tanto la atención lo que dice, sino quién lo dice y desde dónde lo dice, esta es la novedad.

